

# EDITORIAL

---

Hacemos la travesía del Adviento con la certeza de "Dios con nosotros". Ponemos los ojos en Jesús y nos deslumbra la lógica de la Encarnación: un pesebre, lo pequeño, lo germinal, el derroche de la misericordia, el lugar del enfermo y del humilde, la orilla del excluido, del marginado, del injustamente apartado...

Así es nuestro Dios, subversivamente humanado. El profeta Isaías evidencia que el modo del Siervo, trastoca la arrolladora inclemencia de los poderosos, lo suyo es el cuidado de la vida:

*He aquí mi Siervo, a quien yo sostengo,  
mi escogido, en quien mi alma se complace.  
He puesto mi Espíritu sobre Él;  
Él traerá justicia a las naciones.*

*No gritará ni alzaré su voz...  
No quebrará la caña cascada,  
ni apagará el pabilo vacilante;  
con fidelidad traerá justicia.*

*No se desanimará ni desfallecerá  
hasta que haya establecido en la tierra la justicia...*

(Is 42,1-4)

Precisamente porque la caña está cascada y el pabilo vacilante; porque hay estructuras que asfixian y modos de proceder que niegan lo humano; porque tantas veces la persona no está en el centro, y el eco del Evangelio se obnubila con nuestros legalismos y modos de proceder; porque una pesada sensación de fracaso nos desanima y las formas que nos abriga nos quitan libertad y flexibilidad; porque en ocasiones establecemos la relación desde el dañino matiz de la manipulación, y el poder que se nos otorga lo usamos para controlar y encasillar; porque el horror de nuestros abusos le niega a los otros dignidad y les mengua la fe y la alegría; porque la autorreferencialidad nos limita para la misión y el compromiso y nos acomodamos tras seguridades; porque nuestra ofrenda no termina de ser radical al momento de trabajar por la paz, los derechos humanos o de ubicarnos en esas esquinas existenciales en las que urge anuncio y denuncia, llevar la Buena Nueva, ser en misión.... Por todo eso...

Porque somos así, tan frágiles, tan vulnerables, tan pecadores y porque nuestras estructuras están urgidas de renovación, por eso necesitamos mirar a Jesús, contemplarlo en su condición de Siervo, aprender su modo de ser y de situarse, de servir y ejercer la autoridad. Mirarlo para en su compañía pronunciar siete palabras que tienen poder para moldearnos el corazón de manera nueva: creación, compasión, contemplación, comunidad, comunicación, celebración y siempre y en todo, EL ARTE DEL CUIDADO.

Sí, el cuidado es un arte que requiere de paciencia y desvelos, de atención a la vida y disposición a la ofrenda, de experticia en las habilidades relacionales e introyección de los valores del Evangelio. Surge al reconocer que el otro existe y su vida es importante. La frontera en la que es posible disponerse al cuidado; ese, esa en la que terminan las actitudes egocéntricas, la autorreferencialidad y el mezquino individualismo. Sólo ahí, es posible la salida de sí y el entrenamiento cotidiano en ese arte que desborda y llena de plenitud.

Validar la existencia del otra/o, reconocerlo en sus posibilidades y carencias, compartir su andadura y su suerte, padecer su dolor y celebrar su gozo, saberse convergiendo en la misma historia y corresponsables del destino, hace que la opción natural sea el cuidado como una forma de existir. Para los consagradas/os, cuidar de la dignidad humana y el bien común, debe ser el horizonte que inspire, anime y oriente la consagración.

Y ello supone, situarse ante la vida con entrañas de misericordia. La compasión no puede ser un apéndice fruto de la sensibilidad, debe ser la consecuencia de las opciones. De nuestra opción por seguir a Jesús y trabajar por el Reino.

Y desde esa opción, será necesario tejer nuevos estilos de relación, menos invasivos, más dignificantes; menos sobreprotectores, más capaces de empoderar y hacer que surja lo mejor del otra/o. La compasión al estilo de Jesús supone compromiso solidario con los sufrientes de la historia.

Ella debe conducirnos a abrazar la vulnerabilidad, la nuestra, la de quienes nos rodean, la de los sistemas relacionales en los que se genera el encuentro. Este hoy del mundo y de la tierra, requiere de ojos abiertos capaces de captar de manera contemplativa las situaciones concretas de sufrimiento que viven los demás.

El icono inspirador de la Encíclica *Fratelli Tutti*, el buen Samaritano, se constituye en una significativa y potente interpelación, que nos lanza a ampliar la mirada, a ensanchar nuestra capacidad de amar, a abrirnos a

una dimensión más universal, que nos capacite para traspasar prejuicios y, *superar barreras históricas o culturales e intereses mezquinos*<sup>1</sup>.

Nos conduce a unirnos para soñar juntos, para hacer posible la filigrana del cuidado de lo esencial. El ecosistema del cuidado es lo común. Por eso empeñarnos en caminar juntas/os, en sinodalidad es un imperativo, así lo expresa el Papa: *se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos*<sup>2</sup>.

Precisamente en medio de realidades y contextos en los que se acrecientan racismos, xenofobias, fronteras y nacionalismos excluyentes... justo ahora, que nos cerca la guerra y la idolatría del individualismo, nos cierra en nichos de confort e indiferencia, y cuando nos cerca la tentación de levantar muros, el horizonte es crear ecosistemas de cuidado. Ágoras solidarias, sororales y fraternas en las que la opción natural sea cuidar, favorecer la vida, hacer posible las sinergias, unir fuerzas, vivir la profecía de lo común, con la ternura y el coraje de las Mujeres del Alba.

A la Vida Religiosa fiel a su identidad carismática le hará bien, como al Samaritano, detenerse y hacerse guardiana de lo humano, cuidar de la vida, justo cuando es más frágil. La expresión del samaritano, al posadero fue: "Cuida de él", eso es lo que hoy le compete a quienes asumen el camino del seguimiento a Jesús en condición de consagradas/os. No hay treguas, la misión es el cuidado, ser y situarse como artesanas/os del cuidado y eso tiene consecuencias.

Asumir las consecuencias de la misión encomendada supondrá desacomodarse, acercarse hasta la otra orilla, a la acera de enfrente y sentirse convocados a un permanente: "cuida de Él", en el que sea posible abrir ojos y corazón para descubrir las necesidades de aquel que en el camino aparece con su dolor y con su esperanza.

Que durante este Adviento todos nos aferremos a la esperanza y que transitar las líneas de esta Revista, nos confirme en la necesidad de ser siempre y en toda circunstancia, artesanos del cuidado.

*Hna. Liliana Franco Echeverri, odn*

<sup>1</sup> *Fratelli Tutti*, No. 83

<sup>2</sup> *Fratelli Tutti*, No. 8